



Exposición «Las casas del alma (5500 aC-300 dC). Maquetas arquitectónicas de la antigüedad»

16/01/1997 - 15/06/1997

Origen y modelo

¿Es la casa una forma perfecta? ¿Existen diferencias substanciales entre la más primitiva de las casas y la casa actual? ¿O se trata simplemente de diferencias accidentales de materiales, técnicas de construcción, confort? Contemplando las primeras maquetas de casas que los hombres pensaron recuperamos esta reflexión clásica sobre la forma de la casa, pero despertamos, sobre todo, la inagotable pasión por los orígenes.

El origen de las casas, como el origen de la obra de arte, nos fascina porque es el origen de nosotros mismos. La sorpresa frente a estas maquetas de la antigüedad es muy parecida a la que sentía Maurice Blanchot en las cuevas de Lascaux: son lo más antiguo y, en cambio, son de hoy mismo. Nada tiene en común el mundo en que fueron diseñadas con el nuestro y, sin embargo, descubrimos un aire de familia que nos hace pensar, equivocadamente o no, que podemos entenderlas, que poseemos unos mínimos códigos de lenguaje comunes que nos permiten seguir la cadena inagotable de la interpretación –todo es una interpretación de interpretaciones, nos decía Nietzsche– que es nuestra experiencia cultural.

Y en la cadena de la interpretación nada tiene la magia de los orígenes. La maqueta, el modelo. ¿Modelo de qué? La maqueta tiene algo de quintaesencia formal, de intermediación entre el mundo de las ideas y el mundo de la realidad. La maqueta es el juguete del artista. Jugando con ellas el creador siente el placer de los dioses: ordena el mundo según su criterio y capricho, como si no existieran obstáculos. La maqueta es la pieza a través de la que las ideas toman forma, sometidas ya a la prueba de la modelación, de la materialización, pero antes de enfrentarse a las rugosidades del uso y de la conflictividad que arrastra el hombre cada vez que hace cosas concretas.

Pero, al mismo tiempo, las maquetas de la antigüedad son también intermediarias en sentido contrario: piezas de la tierra –hechas de tierra– que acompañan el alma del difunto en su destino. Un destino sobre el que no siempre existen las fantasías que posteriormente ha ido construyendo el hombre. Por eso la casa del alma era tan importante como la casa del hombre: la estancia realmente eterna.

Y, por encima de todo, la idea de modelo. Crear modelos, buscar modelos, definir modelos, ha sido una de las pasiones creativas del hombre. Pero los modelos de casa tienen una particular peculiaridad: son modelos únicos. Por lo menos hasta que la reproductibilidad masiva (las pesadillas, que no sueños, modernas) ha querido hacer a gran escala casas idénticas para todos, en periodos en los que se ha vivido la enajenación mental transitoria de creer que todos éramos iguales.

El modelo de casa es el modelo de un objeto único como único es cada hombre. El modelo de casa son las infinitas variaciones de una forma que tiene algo de forma perfecta, es decir, inmejorable en lo esencial aunque irrepetible en lo accidental. Los modelos originales de la casa evocan el momento fundacional de una cosa llamada especie humana: aquel momento que se reserva al arte y la creación, como rasgos distintivos de un ser capaz de dar sentido a aquello que no lo tiene.

Reuniendo por primera vez una muestra de maquetas de la antigüedad, el CCCB propone una reflexión sobre el origen de la casa, es decir, de la ciudad, de la cultura, del sentido.